


Almudena Hernando (Coord.) (2023), *Trauma: herencia, palabra y acción colectiva*, Traficantes de Sueños, 166 páginas.

Martí Ariza Sadurní
Consejo Superior de Investigaciones Científicas (España) ✉ 

<https://dx.doi.org/10.5209/aris.92051>

El concepto de “trauma” no solo se ha erigido como uno de los objetos fundamentales de disciplinas como la psicopatología, la psiquiatría y la psicología clínica, sino que parece convertirse habitualmente el único término disponible para relatar en el presente las heridas del pasado. Es ciertamente un significante que nombra multitud de síntomas, sean estos reducidos a meros desequilibrios bioquímicos diagnosticables y remediables farmacológicamente o no, así como también un sinfín de acontecimientos causantes. Desde el genocidio, la tortura, el terrorismo, las violencias de género, los desastres naturales, como también algunos de los hitos destacados de nuestra infancia se significan a partir de un mismo campo semántico: el de lo traumático.

El presente trabajo, coordinado por la catedrática de Prehistoria de la Universidad Complutense de Madrid, Almudena Hernando, se hace cargo de esa centralidad ofreciendo un acercamiento plural a la noción y a los correlatos del trauma. En la introducción se presenta con claridad el objetivo principal de esta publicación:

demostrar que resulta necesario sacar a la luz lo que se esconde en los sótanos de cualquier nivel de construcción humana con el fin de abandonar la deriva traumatizante y enfermante en la que estamos; que esa visibilización exige de dinámicas colectivas de escucha y apoyo mutuo; y que al analizar lo subjetivo se analiza también lo político (p. 28).

Son cinco los capítulos que conforman el texto. El hecho de que sus autoras compartan formación en psicología o en psicoanálisis en absoluto convierte a esta publicación en una aportación hermética, unilateral y reductible a las tesis hegemónicas de un determinado campo. El conjunto del libro mantiene un fecundo diálogo de clara intención divulgativa entre la filosofía, la psicología clínica, la historia, la psicopatología, el derecho, o el psicoanálisis. Por su constante presencia y relevancia en los capítulos, cabe destacar las referencias a Walter Benjamin, Giorgio Agamben, Primo Levi o Sigmund Freud.

En términos generales, hay dos cuestiones que el lector acertará en destacar. Por un lado, la inclusión compartida de una reflexión acerca de la situación pandémica y su significación en distintos momentos del libro, que da cuenta de la coyuntura histórica en la que se fraguó este ensayo. Por otro lado, y esto amplía significativamente los marcos de un texto ya teóricamente plurívoco, sobresale el relato de trayectorias y experiencias laborales tan dispares, pero a la vez tan estrechamente vinculadas: el acompañamiento en procesos judiciales a víctimas de graves violaciones de derechos humanos (Mariana Wikinski); los estudios de la subjetividad femenina (Nora Levinton); el análisis de alternativas comunitarias a la intervención biomédica de malestares contemporáneos (María Reneses); el estudio acerca de los efectos psicosociales de la represión política en Argentina (Lucía Edelman y Diana Kordon); o el trabajo con víctimas y familiares de represaliados de la Guerra Civil y la dictadura franquista (Anna Miñarro).

De este modo, el libro se presta a ser leído como un fértil intercambio entre teoría e intervención práctica. Se trata de un ejercicio provechoso de mutua interacción entre, por una parte, un detallado trabajo de citación y comentario de textos fundamentales para la conceptualización del trauma y su herencia; y, por otra, el relato de experiencias profesionales en el ámbito clínico y jurídico.

En el primero de los capítulos, Mariana Wikinski esboza, de la mano de la obra freudiana y de las aportaciones de Levi, Benjamin y Agamben, las dimensiones del concepto de trauma que serán de importancia en el conjunto del texto. Lo “traumático” se define en este punto del ensayo como un “corte en la cadena de significación” (p. 33), como una exigencia desmesurada frente a la que el aparato psíquico se encuentra desbordado por entero.

Wikinski presenta algunas premisas a partir de las cuales discute con lo que, a juicio de la psicoanalista argentina, han constituido los malentendidos más significativos con respecto a lo traumático.

La primera de las premisas es rotunda y de consecuencias considerables en el terreno de la clínica, que prioritariamente concierne a la autora del capítulo: “el trauma no es el acontecimiento sino su inscripción en el psiquismo” (p. 35). Así las cosas, un mismo acontecimiento, lejos de poder ser universalmente medible o parametrizable *a priori*, puede producir desestructuraciones psíquicas de distinta índole e intensidad en función de las condiciones previas del sujeto frente a ese acontecimiento desbordante.

Si bien es cierto que la autora insiste en señalar la singularidad de lo traumático en lo relativo a sus efectos, reconoce que las ofertas de significación disponibles en determinados momentos históricos requieren de una consideración del trauma en su dimensión colectiva. Tal es la segunda de las premisas.

Wikinski discute con éxito con el supuesto de la inefabilidad de lo traumático reconociendo que, si bien es cierto que “el trauma ofrece resistencia a su narrativa” (p. 36), nunca es totalmente mudo. Por otro lado, señala los perniciosos efectos de atribuir a la palabra un efecto terapéutico de carácter automático. A juicio de la psicoanalista, el silencio y también cierta índole de olvido pueden ser más elaborativos que la palabra. La aportación de Wikinski es especialmente reveladora en relación con la exposición de los obstáculos en la construcción del testimonio. Señala la narración de lo traumático, la declaración ante la justicia, la vergüenza y el hablar en nombre de otro como los principales escollos para su elaboración.

En el segundo capítulo, Nora Levinton analiza el reciente periodo pandémico como una experiencia traumática. Para iniciar su propuesta, ensaya la relación entre trauma, síntoma y cuerpo desde unas coordenadas conceptuales claramente freudianas.

La autora, tras señalar los efectos de la indefensión en la configuración del trauma (pp. 63-68), analiza la posibilidad de una reactualización de traumas anteriores. A este respecto, Levinton destaca el golpe militar videlista. Asimismo, la psicoanalista y doctora en psicología finaliza su aportación dando cuenta de sus vivencias en uno de los debates más destacados dentro del feminismo contemporáneo.

La dimensión colectiva del trauma adquiere toda su significación en el tercer capítulo. Ocupándose prioritariamente de los malestares vinculados con el modelo productivo contemporáneo, María Reneses inicia su ensayo abordando tales padeceres tratando de evitar toda postura reduccionista. De un lado, relata con exactitud su participación en las asambleas de la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH) en el distrito madrileño de Puente de Vallecas. De otro, como resultado del trabajo de campo realizado durante su tesis doctoral en psicología, da cuenta de cómo las dolencias contemporáneas vinculadas a la salud mental son abordadas asiduamente desde un enfoque biomédico. El ensayo parece combinar con éxito la riqueza de ambas experiencias.

Frente al “usted no necesita un psicólogo, necesita un sindicato”, la pregunta que vehicula la aportación de Reneses resulta contundente: “¿cómo ahondar en esta línea sin menospreciar el sufrimiento real que atraviesa tantas biografías tras la pérdida del hogar o del empleo, vivida como un suceso traumático?” (p. 78). La autora subraya los perniciosos efectos de la extensión de la medicalización y de la oleada creciente de diagnósticos, a la vez que destaca las posibilidades de elaboración de significados que permite la práctica comunitaria como, por ejemplo, la participación en la PAH.

Reneses describe con precisión elementos fundamentales de la sintomatología contemporánea tales como la activación, la vergüenza y el aislamiento. Señalando los déficits de la intervención farmacológica, insiste en la potencia de la enunciación colectiva como antesala de la solidaridad, la politización y desnaturalización del malestar, así como de la reactivación de la vertiente resistencial del síntoma.

Los dos últimos capítulos incorporan una dimensión inexplorada en los epígrafes anteriores, a saber, la transmisión generacional de la herencia traumática. Así las cosas, el punto de partida de los ensayos que concluyen el libro consiste en sostener que el trauma incide no solo en aquellos que lo han padecido directamente, sino también en el cuerpo social en su conjunto.

Lucía Edelman y Diana Kordon, psiquiatras y psicoanalistas que formaron parte del equipo de asistencia psicológica de Madres de la Plaza de Mayo, subrayan la utilidad terapéutica de los dispositivos grupales.

Las autoras enfatizan mediante los ejemplos de los veteranos de la Segunda Guerra Mundial, de las guerras de Vietnam o de Irak, e incluso a través de la experiencia de la dictadura militar argentina, la retroalimentación de la elaboración colectiva y la elaboración personal de acontecimientos traumatizantes.

La urgencia de comprender que la incidencia de la situación traumática en la subjetividad depende de múltiples factores se construye como una de las tesis compartidas entre las autoras de este libro. En este sentido, Edelman y Kordon apuntan la relevancia de la fortaleza del yo y de las condiciones previas de personalidad, la situación vincular, el proceso de traumatización, las apoyaturas grupales con las que cuenta el sujeto, el posicionamiento ideológico previo, los modelos identificatorios, o la ideología hegemónica (p. 110).

Sin desatender el esfuerzo de ofrecer al lector un acercamiento plural a la cuestión de la producción de subjetividad y del trauma, Kordon y Edelman presentan un detallado recorrido por algunos de los dispositivos que vienen implementando desde el Equipo Argentino de Trabajo e Investigación Psicosocial (EATIP). Señalando luces y sombras de la aplicación clínica de los grupos de reflexión, las autoras concluyen resaltando su notable utilidad para la elaboración singular y colectiva.

En el capítulo que cierra el libro, Anna Miñarro ofrece, a partir de las lecciones adquiridas durante su ejercicio profesional, una reflexión sobre el trauma y su transmisión generacional en el caso español. Acompañándose de las aportaciones de Bleichmar, Tisseron, Nachín, o Abraham y Torok, la psicoanalista española sostiene que, si se interrumpe o impide la elaboración de cierto estímulo traumático, este queda en tal estado de clausura, de enquistamiento en el psiquismo, que conduce inevitablemente a su transmisión generacional. De este modo relata Miñarro la genealogía de esta herencia traumática:

Aquello que no se puede decir en la primera generación se transforma en aquello que no se puede nombrar en la segunda, en aquello que no se puede pensar en la tercera, y en aquello totalmente oculto y velado, en la cuarta (p. 114).

Resultan especialmente elocuentes a la par que estremecedores los relatos que Miñarro nos brinda a partir de algunos de los casos que ha trabajado: Quim, que enmudeció tras el secuestro de su padre y al que le han acompañado severas reacciones psicósomáticas y dificultades significativas para la construcción de su subjetividad; los testimonios de quienes estuvieron en los campos de concentración de San Marcos y Santa Ana; Carmen, que heredó las heridas traumáticas de su madre; María, a quien la desaparición forzosa de sus padres la ha mantenido enferma psíquica y físicamente; Isabel y Rosalía, desterradas de sus localidades acusadas de los delitos de auxilio y adhesión a la rebelión; Libertad, que fue adoptada de forma irregular tras el fusilamiento y que ha estado buscando incansablemente su identidad; Quico, que era encarcelado repetidamente cuando Franco viajaba a Barcelona y cuyo padecer en forma de distintas manifestaciones psicósomáticas nunca fue comprendido por los profesionales de la salud mental; o Josefina, que no pudo articular palabra hasta 50 años después de su exilio.

Estos son algunos de los casos que acompañan la aportación de Miñarro y que sintonizan con una explícita voluntad del conjunto ensayo: compatibilizar las virtudes de los marcos de análisis micro, meso y macro.

Se trata, en definitiva, de un compendio multidisciplinar rigurosamente referenciado que ofrece al lector un acercamiento a las múltiples dimensiones del trauma: su incidencia en el psiquismo, su transmisión generacional, su atención clínica desde la psicología comunitaria, así como su conveniencia para la comprensión de ciertos acontecimientos históricos.

Por todo lo anterior, *Trauma. Herencia, palabra y acción colectiva* se distingue como un ejercicio sugerente, original y fuertemente comprometido con la politización del malestar que sintoniza con acierto con el siempre actual interés por los procesos de subjetivación que nos atraviesan.